

**Francine Masiello, *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*  
Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1997, 312 páginas.**

Es una doble advocación, teórica y política, o mejor, teórico-política, la que dispara, al decir de su autora, el extenso y minucioso trabajo de Francine Masiello: la duplicidad (que no es doblez) de la voz femenina, la actividad de resistencia de las mujeres frente al poder representada emblemáticamente por las madres de Plaza de Mayo. La “locura” femenina será seguida por Masiello en este doble derrotero que ya las feministas marcaron como camino único bajo la premisa según la cual todo lo privado es político: la domesticidad y la vida pública, la escritura y la política; cruce de fronteras, política de lo intersticial, que más que ubicarse en una posición busca sinuosamente la pre-posición: el “entre”.

Este “entre”, tercer término, (excéntrico, inaudito, lo llamaría Barthes), también por su carácter impar a veces inaudible, sobrevuela, ni sumatorio ni sintético, la lógica bipolar, de los hombres, del estado, de los hombres de estado en la Argentina (unitarios o federales, civilización o barbarie, hombre o mujer, vida pública o vida privada, europeo o nativo, con una “o” de disyunción excluyente) y permite oficiar, por su poder de desplazamiento de los elementos fijos, (fijados por el poder en su necesidad política de identidad), una lectura diversa de los textos y acontecimientos de la historia argentina.

Lo que Masiello persigue entonces en su estudio, contra el *modus operandi* del discurso del poder, contra la lógica ilusionista de los discursos dominantes que buscan hacer invisible lo visible, lo violento de los mecanismos de dominación, naturalizando lo cultural, corriendo sobre seres y cosas el velo apaciguador de la ideología, es, desde este fin de siglo, hacer visible lo invisible, lo históricamente invisibilizado, dando carta de ciudadanía a las que se ensayaron como voces alternativas, subjetividades otras frente al monologüismo que primó en los discursos de constitución de la nación argentina.

El estudio abarca un período de cien años aproximadamente, desde comienzos del gobierno rosista hasta mediados de 1930, e investiga, en contrapunto, los juegos simbólicos que promovieron las ideas sobre las mujeres en la imaginación masculina nacional, y las transformaciones que generaron los textos escritos por mujeres en la comprensión de la historia argentina. Más concretamente, da cuenta de los cambios operados en la doble representación (por sí mismas, por el otro masculino) de las mujeres en el campo de la cultura letrada.

Partiendo de la hipótesis de que cuando el Estado se encuentra en transición de una forma de gobierno a otra, o de un período tradicionalista a un programa modernizante, se produce una alteración en el sistema de representación de géneros, el texto explora tres grandes etapas de la historia argentina: “los años de confrontación entre unitarios y federales, que se agudizó durante el régimen de Juan Manuel de Rosas (1829-1852) y se prolongó en una división bipartidaria hacia la década de 1870; la consolidación del Estado-nación moderno a comienzos de 1880, que puso en primer plano programas de modernización con un decidido énfasis en el dinero y el método científico; y un ambicioso resurgimiento nacionalista iniciado con las celebraciones del Centenario de 1910, en el cual se articuló una enérgica retórica patriótica contra los inmigrantes y los sectores medios de la sociedad argentina”.

Con respecto a cada uno de estos períodos Masiello anota las contradicciones y la heterogeneidad de propuestas e ideas que se presentan no sólo al confrontar los textos escritos por hombres con los escritos por mujeres, sino entre los textos de estas últimas. No obstante ello se pueden encontrar preocupaciones y propuestas o estrategias convergentes que permiten hablar de posturas definidas.

En el período posterior a la colonia se produce en primera instancia un reforzamiento de la unidad familiar entendida como sistema de organización jerárquica paralela a la organización de la nación. Dentro de este sistema bajo la tiranía de Rosas las mujeres llevan como carga simbólica la solidarización con la preocupación masculina por liberarse del déspota. La resistencia erigida en carácter idealizado de lo femenino feminiza la voz de los hombres y silencia a las mujeres, a las que relega a las tareas de llevar adelante la economía del hogar y a proporcionar a los hombres la paz doméstica como refugio de la tiranía.

Pero las mujeres buscan su propio camino, más allá de esta “maternidad republicana” o misión patriótica doméstica, y se lanzan a una profesionalización temprana del papel de escritora (Juana Manuela Gorriti, Juana Manso) o expresan su propia lectura de los hechos desde sus textos (Eduarda Mansilla, Rosa Guerra). En ellos, la duplicidad de mensajes propia de la inseminación cultural cruzada, el choque entre la expresión oral y la escrita, y la confusión entre los discursos indígenas y los de los colonizadores, destacan el papel de las mujeres como mediadoras entre las luchas y como críticas de las falsas oposiciones que desgarran la armonía familiar y la nación. Desde una tercera posición las mujeres encuentran una voz

propia que lleva a cabo una revisión de la historia nacional al tiempo que reclaman su derecho a la educación.

Corriéndose del rol asignado de esposas y madres argentinas adecuadas a los proyectos del Estado, revierten las funciones domésticas al convertir el hogar en espacio de educación, reflexión y debate, como centro de reunión comunitaria que nuclea los temas de interés de los ideales democráticos. Construyen sus redes de intercambio y aprendizaje intradoméstico mediante diálogos que se desarrollan en revistas culturales, revistas de moda y de cocina y en programas de instrucción destinados a incrementar su conocimiento en ciencia y filosofía, Asurando al mismo tiempo los límites establecidos entre la esfera pública y la privada.

En la segunda parte del libro se discute el lugar que le corresponde a la mujer en el proceso de modernización, cuando la idea de nación, desde los presupuestos del estado liberal, se define a partir de los esfuerzos del hombre blanco por civilizar a los nativos y por controlar el avance de las nuevas clases sociales mediante la imposición de una lengua nacional. Las mujeres, desde su ubicación en las altas esferas de la élite criolla, o como representantes de la marginalidad urbana inmigrante (las anarquistas, “feroces de lengua y pluma”), salen al encuentro del proyecto masculino de la generación del 80: la mitologización de la familia unificada como elemento restaurador del dañado tejido de la sociedad marcada por las intrusiones foráneas, y el cientificismo creciente destinado a controlar y clasificar los cuerpos por la erradicación de la desviación social y la purificación de la raza. Las mujeres, una vez más del lado de otros grupos dominados, elaboran discursos que se caracterizan por la crítica a las prácticas de la modernización, en especial con relación a los usos de la ciencia y la tecnología como elementos disciplinarios de sanción y represión, al mismo tiempo que reclaman su ingreso formal en las redes de circulación de los conocimientos científicos. Las escritoras defienden la heterogeneidad de valores y luchan por una investigación no divorciada de la ética que respete la multiplicidad de los hechos individuales.

Al mismo tiempo el incremento del tráfico de mujeres y de dinero ligados en la organización de la prostitución ponía en peligro el romance de la armonía familiar como metáfora de la integración nacional al presentar la tentación del placer como factor de corrupción de las buenas costumbres, de modo que lo que caracteriza a la generación del 80 con relación a las mujeres son las significaciones de atracción-repulsión. El adulterio, la prostitución y la libertad de la mujer soltera, objetivadas por los escritores y ensayistas, se convierten en un símbolo del intercambio de dinero porque “la moneda, mediadora de toda transacción, extendió su metáfora global para representar el comercio de las mujeres y asignarles valor”. Sin embargo lo que se advierte en la narrativa de las mujeres, en los subtextos sumergidos bajo el aparente elogio del matrimonio, es un esfuerzo por redefinir el orden social al vincularse como escritoras de ficción con la producción materialista de bienes para vender en el libre mercado en una defensa solapada de la emancipación económica y la reubicación de las mujeres como productoras y no meras consumidoras pasivas de bienes de intercambio.

A principios del siglo XX al tiempo que se transformaba el paisaje urbano y que se asistía al desarrollo del capital que amenazaba la estabilidad del Estado, se reformula la imagen de la mujer argentina y se la considera en forma alternativa como defensora de la nación, depositaria y transmisora privilegiada por su posición en la estructura de la sociedad familiar de los valores tradicionales y criollos, o como responsable de la contaminación y corrupción de la esfera pública y de la familia en tanto las fantasías sexuales eran proyectadas en las mujeres, los subalternos y los “otros” raciales. Como vehículos de significaciones de heterogeneidad se convirtieron en símbolo de la súbita inestabilidad de la modernización. Pero las escritoras desaffan su limitada participación en el debate nacional al insertarse activamente en una discusión sobre la representación de la historia y la subjetividad femeninas. Subrayando una tendencia que se marca desde el inicio de la historia cultural argentina poscolonial, y que según Masiello caracteriza distintivamente a las escritoras argentinas, el activismo feminista del siglo XX y los textos literarios de las mujeres se configurarán como una inquisición sobre el lenguaje y la forma y las posibilidades de llamar la atención del público hacia las voces femeninas.

Así tanto Norah Lange, que “se retrotrae a un mundo imaginario dotado de una subjetividad secreta y privada que descontextualiza tanto la historia como la nación” pero que permite sustentar un proyecto de amplia crítica a aquellas formulaciones lingüísticas que excluyen un registro femenino (entre ellas ciertas formulaciones de la vanguardia que le son contemporáneas), como Victoria Ocampo, que revierte las relaciones entre lo público y lo privado hasta hacer que la autorrepresentación ocupe el lugar de la cultura nacional, estructuran una geografía alternativa para los problemas de la nación y celebran el recorte de un territorio autónomo que pertenece de manera primordial a las mujeres.

Descubierta entonces la porosidad del lenguaje (sus posibilidades de dialogización interna) que se opone a la potencia monologal del nacionalismo, llegan a una concepción de la subjetividad y de la escritura

que localiza la dinámica del trabajo, de la resistencia y del placer en la artesanía de la escritura. Alicia Moreau de Justo tanto como Alfonsina Storni asumen conscientemente su papel de marginales del ciudadano nacional normativizado por el discurso oficial y a partir de esa posición ex-céntrica realizan una revisión radical de la política, la subjetividad femenina y el lenguaje. Rompen la continuidad de los ideales y tradiciones nacionalistas al desmembrar la coherencia del pasado inscripto en los textos nacionalistas.

Transgreden el proyecto del estado y construyen un contradiscurso que hace estallar el mito del sujeto femenino fijo eludiendo al control simbólico del estado por el tramado sutil de sus dos voces.

El texto termina con un epílogo escrito con una posterioridad de cinco años respecto al libro original (*Between Civilization and Barbarism. Women, Nation & Literary Culture in Modern Argentina*, 1992, University of Nebraska Press) preparado especialmente para la edición de esta traducción (realizada por Martha Eguía). Allí Masiello elabora su propia crítica al subrayar algunos presupuestos de los cuales se ha distanciado al mismo tiempo que señala posibles nuevas líneas de investigación. Si bien las razones de su severa autocritica resultan atendibles, tienen que ver más que nada con la evolución intelectual de la autora y permiten pensar modos de complementar o continuar su trabajo, pero no afectan en absoluto la calidad teórica e informativa del texto.

Fiel a su comprobación de que “el tramado, en última instancia, es siempre más complejo de lo que se ve”, el modo que tiene Francine Masiello de trabajar con los textos teóricos y literarios pone de manifiesto una constante preocupación por dar cuenta de los problemas en toda su complejidad. Por eso las líneas teóricas se cruzan tanto como los textos, produciendo en esos choques destellos que permiten súbita pero también rigurosamente mirar las cosas desde otra perspectiva, una perspectiva siempre nueva, siempre en deslizamiento. Así logra lo que había propuesto en la “Introducción”: “promover una reflexión sobre los cruces entre la literatura y el proceso social; revelar las formas en que el lenguaje femenino estructura la narrativa de la nación, modificada en diferentes períodos históricos según las cambiantes sensibilidades estéticas y, finalmente, mostrar cómo el discurso vinculado al género constituye un punto a partir del cual se pueden abordar las teorías de la representación”. A partir de allí su modo de trabajar los textos escritos por mujeres y de ver al trasluz la forma en que se tejen el lenguaje y la ideología supera cierta crítica de imágenes de la mujer de corte contenidista o anecdótico para alcanzar un nivel de análisis microscópico y a la vez más significativo al posar su mirada sobre la forma como condensadora de la ideología.

Esto le posibilita entonces observar los subtextos, ejercer una sutileza de lectura que le hace superar el encasillamiento de ciertas escrituras como producto fijo de una ideología unitaria y determinada, para fijar la atención en los procesos de significación y simbolización que vehiculizan, más allá de sí mismos, de su querer decir evidente. Así el texto crítico de Francine Masiello se autoconstituye en un modelo de las microprácticas que estudia en otras mujeres, se inserta en la misma tradición cultural, la de los textos escritos por mujeres, que estudia y construye, mediadora, traductora para nosotros los lectores, de los saberes y prácticas vueltos visibles de mujeres y textos de la historia argentina que permanecían ocultos.

*Anahí Diana Mallo*